Lazcano, Rafael: *Tesaurus Agustiniiano I: «Abad-Álvarez de Juan»*, Pozuelo de Alarcón (Madrid), 2018, 406 págs. ISBN: 978-84-09-01028-8. II: *«Álvarez de Toledo-Asensio Aguirre»*, Pozuelo de Alarcón (Madrid), 2018, 399 págs. ISBN: 978-84-09-03057-6. III: *«Asensio Barroso-Burgos Merino»* Pozuelo de Alarcón (Madrid), 2019, 399 págs. ISBN: 978-84-09-08168-4

Son ya tres los volúmenes publicados por el prolífico Rafael Lazcano en lo que va tomando forma de un proyecto colosal biobibliográfico de la Orden de San Agustín. En el poco tiempo transcurrido desde la aparición del primer volumen en 2018 la obra está siendo acogida con elogio y reconocimiento.

Este proyecto recibe el nombre de *Tesaurus*, del latín *thesaurus*, o «tesoro» en castellano. La idea del autor es elaborar un exhaustivo y amplísimo diccionario o catálogo con la finalidad de servir como instrumento de apoyo para investigadores de muy distintos intereses y áreas en las que los agustinos hayan realizado algún tipo de aporte.

El título kilométrico de la obra advierte de su pretensión totalizadora: *Vida, obra y bibliografía de escritores, poetas, catedráticos, obispos, filósofos, teólogos, biblistas, patrólogos, historiadores, cronistas, gramáticos, traductores, filólogos, editores, juristas, bibliógrafos, académicos, bibliotecarios, numismáticos, pintores, arquitectos, constructores, científicos, matemáticos, botánicos, psicólogos, sociólogos, músicos, diplomáticos, predicadores, misioneros, mártires, beatos y santos agustinos/as y agustinos/as recoletos/as de España, Portugal, América Latina y Filipinas*.

Lazcano no ha cuantificado el total de volúmenes que compondrán su empresa, pero si ha avanzado que el proyecto será rematado con un imprescindible último tomo de índice general de nombres de personas y cosas notables. Los hombres y mujeres inclusos —según advierte el autor— se moverán en torno a las seis mil. De todos ellos se aportarán sistemáticamente —como de hecho podemos apreciar en los tres primeros volúmenes hasta ahora impresos— nombre, lugar, fecha de nacimiento, y los datos esenciales de su formación académica y actividades vitales, más la correspondiente bibliografía. La gigantesca recopilación abraza miembros de la Orden de San Agustín (agustinos); los agustinos descalzos o recoletos; los agustinos descalzos portugueses; las monjas agustinas y agustinas recoletas; mártires, beatos y santos; y también, un número singular de autores que habiendo profesado en cualquiera de las dos

órdenes, posteriormente pasaron al estado seglar e igualmente se destacaron en muy diversos ámbitos.

El arco cronológico compendiado no es menos ambicioso: ocho siglos en total, que son los que transcurren entre 1244 (constitución canónica de la Orden con el Papa Inocencio IV; en el caso de los agustinos recoletos desde 1588) hasta la actualidad. La geografía abarcada comprende España, Portugal, América Latina y Filipinas.

Los tres primeros volúmenes publicados contienen los siguientes apellidos: el primero «Abad-Álvarez de Juan»; el segundo «Álvarez de Toledo-Asensio Aguirre»; y el tercero «Asensio Barroso-Burgos Merino». El primero de todos ellos contiene, aparte de la correspondiente ficha catalográfica, con los datos técnicos de la obra, la dedicatoria y el desglose del sumario, varios escritos previos al catálogo como tal a cargo de los directores del *Institutum Historicum Augustinianum* y del *Institutum Historicum Augustinianorum Recollectorum*, Isaac González Marcos, agustino, y Enrique Gómez García, agustino recoleto; el de los representantes de la Fundación Universitaria Cervantes San Agustín (Unicervantes), con sede en Bogotá, Nelson Gallego Orozco, Mauricio Saavedra Monroy y Alejandro Acevedo Torres; los agradecimientos; y casi sesenta páginas de Abreviaturas, siglas y signos convencionales de obras y estudios, archivos y bibliotecas, y de carácter general. Mención específica merece también, a modo de exordio, el *Saludo al lector*, en el que Lazcano deja una serie de valiosas reflexiones sobre su obra, análisis desde la experiencia y la profesionalidad, junto con otra serie de indicaciones y normas de uso a tener presentes en el momento de la consulta. Los siguientes volúmenes (II-III), marcada la pauta en este primero, presentan un idéntico esquema estructural: sumario; normas de uso; entradas biobibliográficas; e índice general.

Todas las entradas ofrecen el mismo hilo argumental en tres secuencias: primero la biografía; en segundo lugar, las obras del biografado presentadas cronológicamente, o de escritura para los trabajos inéditos o manuscritos; y por último, las fuentes y la bibliografía en orden alfabético y cronológico cuando corresponden al mismo autor o autores. Todas las producciones —científicas, divulgativas, inéditas u en formatos variados— están numeradas consecutivamente en todos y cada uno de los volúmenes.

El criterio de los seleccionados en *Tesaurus* responde a una estricta decisión del autor, mientras que la extensión concedida deriva de razones relativas a la importancia del personaje, su producción bibliográfica, como de la disposi-

ción de datos sobre el mismo. Por lo general, se ha dado preferencia para los sujetos con el ciclo vital cerrado y la trayectoria literaria, espiritual y doctrinal completa. En cualquier caso en este gigantesco mosaico aparecen los autores más conocidos, otros de segunda fila, y una parte no pequeña de autores vivos.

El de Lazcano no es el primer catálogo general de la Orden de San Agustín. Antes que él han hollado el ámbito biobibliográfico distintos estudiosos, entre los que podemos recordar a los siguientes: Nicolás Crusenio († 1629), Tomás de Herrera (1585-1684), Felipe Elsen, Elsius o Elssio († 1654), Andrés de San Nicolás (1617-1666), Luis de Jesús († mediados del siglo XVII), Pedro de San Francisco de Asís († 1754), Juan Félix Ossinger (1694-1767), Losé Lanteri (1820-1887), Gaspar Cano (1827-1896), Tirso López Bardón (1838-1918), Elviro Jorde Pérez (1858-1924), Francisco Sádaba (1867-1925), Gregorio de Santiago Vela (1865-1924), Bonifacio Moral (1850-1927), David Aurelio Perini (1868-1935), José Miguel Avellaneda García (1892-1963), Manuel Carceller (1899-1983), Ángel Martínez Cuesta (1937), Isacio Rodríguez Rodríguez (1924-2009) y Jesús Álvarez Fernández (1957).

No andan desencaminados los arriba mencionados González y Gómez cuando sentencian que la obra de Lazcano se está convirtiendo en «la contribución bio-bibliográfica más importante de la familia agustiniana de todos los tiempos por su calidad, cantidad y extensión geográfica abarcada». El autor aquilata una extensa trayectoria en trabajos de investigación, un currículo prolífico en artículos científicos y monografías, y una probada soltura en narrativas vitales, como demostró, por citar un par de ejemplos, en sus estudios de Martín Lutero o en el monumental *Episcopologio Agustiniiano*. Garantiza su solvencia la precisión con que presenta las biografías —lejos de las hagiografías imperantes en un pasado no muy lejano—, el rigor, el detalle, una exigente y depurada técnica histórica y el filtro científico aplicado con minuciosidad de orfebre a cada uno de los sujetos catalogados, alejando así imprecisiones, errores o ambigüedades transmitidas con el paso del tiempo. *Tesaurus* sale a la luz ahora, pero lleva amasándose, en palabras de su autor, «a fuego lento durante más de veinte años».

Lazcano recoge el guante dejado por Gregorio de Santiago Vela en su imprescindible *Ensayo de una Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustín*. Publicado entre 1913 y 1931 en siete volúmenes (sin poder ver la luz el cuarto, que contenía las letras J-K-L) ha sido durante décadas una herramienta de consulta obligada para cualquier estudioso de la Orden de San Agustín. El autor de *Tesaurus* asume el empeño no solo de incluir las omisiones de Vela —entre ellas la más importante: la correspondiente a Fray Luis de León— sino de actualizar y corregir algunas imprecisiones o inexactitudes estampadas en aquellos tomos añejos, auténtica «obra de largos alientos» como poéticamente la bautizase Pedro Fabo.

A pesar de la exhaustividad del registro de *Tesaurus*, probablemente habría resultado muy interesante categorizar las producciones bibliográficas de acuerdo con su carácter y formato científico o divulgativo (en este sentido peca más por exceso que por defecto); y también indicar en el índice onomástico la adscripción de los sujetos religiosos a sus respectivas provincias eclesiásticas dentro de la Orden.

Tesaurus, en definitiva, constituye una potente herramienta de consulta, un instrumento necesario para cualquier investigador, divulgador o curioso de la Orden de San Agustín. La compilación, de la que contamos actualmente con tres volúmenes, nace con el propósito de superar todos los registros conocidos. Y no solo por la necesaria actualización o corrección de errores de las catalogaciones anteriores, sino también por la precisión científica y solidez inherente a la trayectoria del autor, gran conocedor de la Orden de San Agustín, divulgador de su historia, bibliógrafo, editor de libros, humanista y polígrafo. Pocas personas acreditan un perfil tan apropiado para esta empresa ciclópea. *Tesaurus* es todo un monumento literario, una creciente referencia que nace con vocación de clásico. Solo nos queda agradecer y felicitar al autor por su trabajo y estar a la espera de los siguientes volúmenes.

Roberto Blanco Andrés
Instituto de Historia
CSIC

Pérez Rodríguez, Estrella (ed.): *Las palabras del paisaje y el paisaje en las palabras de la Edad Media. Estudios de lexicografía latina medieval hispana*, Brepols Publishers, Turnhout, 2018, (Corpus Christianorum. Lingua Patrum, XI), 423 págs. ISBN: 978-2-503-58097-5.

Volumen de estudios integrado en el proyecto *Lexikon Latinitatis Castellae et Legionis*. La coordinadora explica con detalle en la introducción la historia y finalidad de este ambicioso proyecto lexicográfico, y sus antecedentes, que interesa no solo a los filólogos sino también a los historiadores por cuanto muchos de los estudios contenidos en el libro «coinciden en estudiar la plasmación del paisaje en los textos», de modo que proporcionan indicaciones precisas sobre cómo leerlos con provecho para finalidades diversas, que irían desde la historia económica y la eco-historia hasta la historia de las sensibilidades estéticas y las percepciones mentales del mundo exterior.

Aunque los trece estudios que componen el libro están ordenados alfabéticamente por apellido de autor, es preferible seguir aquí un criterio de presentación más bien temático, aunque sea difícil debido a la gran variedad de asuntos tratados.

Santiago Domínguez se pregunta sobre el motivo de una ausencia, la de las menciones al paisaje en bulas y documentos pontificios, tal vez para evitar referencias de difícil localización, aunque a veces las hay a ciudades y edificios o a *loci amoeni* rurales, tal vez ficticios. Por su parte, Rodrigo Furtado hace una minuciosa lectura de la *Chronica Albeldense* para localizar los términos relativos a la geografía y a la toponimia.

El color en el paisaje proporciona tema para el estudio de Pere Quetglas y Ana Gómez sobre el léxico de los diplomas notariales catalanes, con referencia a 18 adjetivos: blanco, negro, rojo; escasas referencias al verde, tal vez por su omnipresencia. En todo caso, ausencia de «interés estético en

su percepción y descripción», lo que no parece extraño si se tiene en cuenta la finalidad de la documentación estudiada.

El capítulo escrito por Antoni Biosca analiza la traducción latina del *Llibre dels fets* de Jaime I y las descripciones que dedica a Salou, Játiva, Valencia y Mallorca, así como a diversos elementos del paisaje natural.

Otro orden de cuestiones se plantea en torno a las intervenciones humanas en el paisaje natural, según textos astur-leoneses altomedievales. José Ramón Morala se centra en las menciones a trabajos agrícolas en su relación con el paisaje al que transforman, en las referencias meteorológicas, en los productos y edificios agrícolas.

Por su parte, Maurilio Pérez detalla los 23 términos hallados en textos asturleoneses para aludir a vías de comunicación, puentes, cruces de caminos, calles, senderos secundarios. Y Carlos Reglero estudia los usos y significados diversos de dos palabras concretas en el León del siglo XI: *monasteria* y *ecclesia*.

Suelen encontrarse referencias a paisajes en las descripciones documentales de los linderos entre propiedades, según los análisis que llevan a cabo algunos colaboradores del volumen. María Antonia Fornés y Mercé Puig sobre diplomas catalanes de los siglos IX a XII; Estrella Pérez sobre los asturleoneses, con localización de 124 verbos empleados en la descripción de lindes. Pascual Martínez Sopena, sobre el valle del Porma (León) en los siglos X al XII, de colonización monástica.

La Navarra del siglo XI está representada en el estudio de Guadalupe Lopetegui, que analiza minuciosamente los

vocablos referentes al ámbito silvo-pastoril por una parte y, por otra, los relativos a las áreas cultivadas, con referencias a veces a la lengua vasca o a la romance, aspecto este último que comparte con muchos de los otros trabajos del libro.

En otro ámbito temporal y geográfico, Juan Francisco Mesa detalla el vocabulario referente a la pesca en su estudio sobre el léxico aplicado a describir el hábitat de la albufera de Valencia, desde tiempos de Jaime I.

Y, en fin, frente al tópico del *locus amoenus*, el del *locus horroris*, estudiado por Alberto Montaner, muestra un «concepto paisajístico» menos conocido, vinculado a veces a la palabra *eremus*: el de «un lugar sin cultivar, aislado y deshumanizado, en el que campan libremente las fuerzas salvajes de la naturaleza».

Hay que valorar en este libro la riqueza de sus contenidos concretos y, al mismo tiempo, la inmensa cantidad de saber lexicográfico y filológico que ponen a contribución sus autores en minuciosas encuestas sobre textos de lectura a veces muy difícil, y su conocimiento sistemático de las fuentes, diccionarios y estudios que se detallan al final del volumen. Y, más allá de sus contenidos concretos, *Las palabras del paisaje y el paisaje en las palabras* indica la necesidad de saber leer bien, un saber indispensable para entender mejor el contenido de documentos y crónicas, y extraer las interpretaciones o conclusiones adecuadas.

Miguel Ángel Ladero Quesada
Universidad Complutense de Madrid

Connel, William J. y Giles Constable: *Sacrilegio y redención en la Florencia del Renacimiento. El caso de Antonio Rinaldeschi*, Universitat de València, Valencia, 2019, 135 págs. ISBN: 978-84-9134-361-5

El libro que nos ocupa es un fascinante y bien documentado trabajo sobre la relación entre el sacrilegio, la devoción popular y la acción política en la Florencia del Renacimiento. Me atrevería a decir que adopta, con gran provecho, un enfoque microhistórico, gracias al cual un suceso llamativo pero poco relevante a primera vista —el ahorcamiento de un sacrilego— revela sus conexiones con estructuras políticas y religiosas en las cuales la relación entre las élites y las clases populares juega un papel fundamental; relación que además se manifiesta tanto en el arte como en prácticas devocionales populares.

El texto apareció por primera vez en forma de artículo en el *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* en 1998. Una versión ampliada vio la luz en 2005, como libro, bajo el auspicio del *Centre for Reformation and Renaissance Studies* de Toronto. Su segunda edición (2008) constituye la base de esta traducción, que se suma a las anteriores al italiano, ruso y rumano.

Sacrilegio y redención se divide en tres partes: en la primera, «El acusado y sus delitos», Connell y Constable relatan sucintamente el hecho del que parte la investigación para repasar, luego, las fuentes y los personajes e instituciones implicados. El caso es bien sencillo: el 11 de julio de 1501 el ciudadano florentino Antonio Rinaldeschi pierde

una buena cantidad de dinero y objetos personales apostando en la taberna *Il Fico*. Sale del lugar enfurecido y, ante una hornacina que representa la Anunciación, lanza contra la figura de María un puñado de estiércol de caballo. Parte del estiércol queda pegado a la imagen y la profanación llama rápidamente la atención, hasta el punto de que los *Otto di Guardia* —organismo policial con competencia para impartir justicia—, inician una investigación. A los diez días prenden a Rinaldeschi fuera de Florencia en el mismo acto en que iba a suicidarse para no ser juzgado. Lo encarcelan en el Palacio del Podestà o Bargello para interrogarlo, se declara culpable y es condenado a morir ese mismo día. Ante el temor de que la multitud, indignada por la ofensa a la Virgen, impida ejecutarlo en el lugar habitual, Rinaldeschi es colgado de las ventanas del Bargello el 21 de julio. Al día siguiente, las celebraciones en honor de Santa María Maddalena se viven como una «doppia festa».

Una vez constatado el hecho, los autores examinan la serie de fuentes que lo testimonian, desde la misma sentencia de los *Otto di Guardia* hasta diarios personales, pasando por diversos registros institucionales. Pero sin duda, la fuente más llamativa son los nueve paneles que el pintor Filippo Dolciati compuso en 1502 para representar el suceso, y que se conservan en el museo Stibbert de Florencia. De hecho, la atribución de la obra a Dolciati es una de las aportaciones de la investigación: fue comisionada y financiada por la *opera* para la construcción de un oratorio que iba a servir de marco a la pintura de la Virgen profanada. Esto nos da ya una primera idea del alcance de la devoción popular que

el suceso despertó en torno a la conocida como Madonna de' Ricci.

A partir de este punto, el estudio plantea una interesante pregunta: ¿cuáles son los motivos de la condena a muerte de Rinaldeschi? En principio, ninguno de los delitos de que se le acusa parece merecedor de tal destino. Así se constata en el segundo capítulo, «La naturaleza del delito», obra principalmente de Constable, quien realiza un análisis histórico de los delitos de juego, suicidio y blasfemia en la tradición jurídica medieval, prestando atención a antecedentes judiciales en Italia y, especialmente, en Florencia. De este modo propone que, a pesar de los antecedentes, resultaba excesivo para la época condenar a muerte a un apostador o a un suicida. Por su parte, si bien la blasfemia sí contaba con buena cantidad de precedentes informales, los autores concluyen que la imposición de la pena de muerte solo puede comprenderse plenamente en el contexto de la Florencia de la época.

A eso se dedica el tercer capítulo, «El contexto histórico del delito», obra principalmente de Connell. En primer lugar, el autor sitúa el fervor popular en torno a la imagen profanada en un doble contexto político-religioso, estrechamente ligado con el resurgimiento, entre 1501 y 1502, de una religiosidad popular asociada a la figura de Girolamo Savonarola. Así, por un lado, Florencia ve aprobarse una serie de leyes que refuerzan el carácter popular del régimen, a la vez que los *Otto di Guardia* concentran cada vez mayor poder. Por otro lado, esta popularización del poder va de la mano de la expresión pública de las «pasiones religiosas» propias del periodo savonaroliano. Teniendo esto en cuenta, los autores sostienen que la profanación de Rinaldeschi originó una devoción popular catalizadora de un proceso social y religioso cuya fuerza obligó a las autoridades religiosas y políticas a ejecutar al profanador, pues estaba en juego no solo el honor y poder de la Virgen, sino también la legitimidad del culto a su imagen y de las propias autoridades políticas florentinas. En este sentido, el autor interpreta el papel protagonista que la pintura de Dolciati da a los *Otto di guardia* como una forma de legitimar su poder.

Así, el culto a la Madonna de' Ricci, desarrollado inmediatamente después de la ejecución de Rinaldeschi, proporcionó identidad y un «nuevo impulso» a la corriente savonaroliana. Connell destaca en favor de esta hipótesis la presencia de destacados savonarolianos en el directorio de la

opera de la Madonna de' Ricci, así como la rapidez con que, gracias a su labor, se construyeron dos oratorios en el lugar de la imagen, los cuales, al parecer, no lograban dar cabida a la cantidad de fieles que la imagen congregaba.

Los autores refuerzan esta tesis recordando, además, las devociones populares urbanas que con frecuencia se desarrollaron en Italia y en la misma Florencia en torno a las imágenes públicas de la Virgen, así como su carácter no solo devocional, sino también político —la «política mariana», bien presente en Florencia durante el siglo XV. Son aspectos que dan una nueva dimensión al estudio de la profanación, la devoción y los milagros durante el Renacimiento, y la obra saca buen provecho de ello.

Nos encontramos ante un estudio que toma un caso, a primera vista llamativo y un tanto incomprensible, para indagar, de forma erudita, bien documentada y amena, en aquellos puntos que iluminan su relación no solo con el contexto jurídico, religioso y político de su época, sino también con las formas populares de piedad. Más allá de realizar una mera contextualización de fuentes, el trabajo tiene el mérito de relacionar el análisis microscópico de un «delito» y un ajusticiamiento con estructuras institucionales, formas devocionales y relaciones políticas de larga duración.

Ciertamente, como los mismos autores reconocen, el análisis siempre es susceptible de ser ampliado. En el segundo capítulo, por ejemplo, se echa de menos alguna mención al delito de sacrilegio —que precisamente da título al trabajo—; y el papel de las autoridades eclesiásticas queda un tanto desdibujado en el tercer capítulo. Estos aspectos no empañan, sin embargo, un trabajo de conjunto que, parafraseando una conocida frase de Edoardo Grendi, demuestra la «normalidad» de un caso excepcional al señalar, con acierto, sus aspectos más reveladores.

A este mérito hay que añadir la inclusión en la obra de dos apéndices: uno con la transcripción de once fuentes relativas al caso, en versión original con traducción; y otro con 28 figuras en color, que incluye los nueve paneles de Dolciati. Esta iniciativa es de agradecer al servicio de publicaciones de la Universitat de València, pues resulta un complemento de gran valor para adentrarse en un caso tan interesante cuanto revelador.

Mario Prades Vilar
Universidad Andrés Bello (Santiago de Chile)

Barrientos García, José: *La Facultad de Teología de la Universidad de Salamanca a través de los libros de visitas de Cátedras (1560-1641)*, Editorial Síndesis, Madrid, 2018, 1148 págs. ISBN: 978-84-16262-30-4.

La inspección o visita de la Universidad de Salamanca encargada por Felipe II en 1560 a Diego de Covarrubias y Leyva, dio como fruto, entre otras cosas, la publicación en 1561 de nuevos estatutos. Covarrubias ordenó la obligatoriedad de dejar registro de las inspecciones que varias veces al año evaluaban desde años antes la labor de cada profesor en su clase. Barrientos ofrece en este nuevo estudio el resultado del análisis de estos *Libros de visitas de cátedras*, en lo que se refiere a la Teología.

El libro ofrece una introducción general con sucinto repaso de cuestiones ya sabidas, pero importantes a la sazón: los métodos de enseñanza, grados académicos, provisión de cátedras, planes de estudio y, por último, las visitas de las cátedras. Esta última es la parte novedosa y a la que el autor dedica 1.087 de las 1.148 páginas que tiene la obra. En ellas se detallan, entre sendas presentaciones y conclusiones, las inspecciones realizadas a cada uno de los profesores que enseñaron en cada una de las cátedras, lo que nos permite a su vez, conocer con precisión, las fechas exactas de acceso y cese de cada profesor en cada una de las cátedras de teología, el tiempo de las vacantes y la actividad desarrollada en ellas. Podría fijarse el *cursus honorum* de estas cátedras; es decir, la carrera académica típica en función del camino de

ascenso concreto de sus sucesivos ocupantes. Aunque estas inspecciones fueron solo disciplinarias, Barrientos aprovecha la ocasión para ofrecer al lector datos sobre el calendario escolar, los planes de estudio de la Facultad de Teología, las materias explicadas por cada docente y el nivel de cumplimiento de sus obligaciones, los métodos didácticos imperantes en la teología universitaria del momento (el dictado en clase, lecciones ordinarias y extraordinarias, disputas, *relecciones* —o repeticiones—), el procedimiento de obtención de grados en teología, los modos de obtención de cátedras y, como ayuda al lector con prisa, un índice onomástico muy completo, aunque con algún despiste. En este trabajo se enumeran también los titulares de cada una de las cátedras de Prima, la más importante; Vísperas, Santo Tomás Escoto, cátedra de Nominales, llamada también de Durando, Biblia, los partidos de Teología y las cátedras de propiedad instituidas por los dominicos: la de Prima fundada por Felipe III en 1606 y la de vísperas, promovida por Lerma en 1608.

Aparte de lo dicho, con esta investigación se explica lo que representaba la teología en la sociedad coetánea, de una complejidad notable porque, tras la Reforma protestante, los católicos se rearmaron ideológicamente a través del Concilio de Trento, los índices de libros prohibidos o las guerras de religión. Si tenemos en cuenta que la teología se había convertido en un fundamento de la acción política de los estados europeos, podemos evaluar el interés que tiene el contenido de este libro, e incluso de toda la obra de Barrientos, para la investigación histórica. El propio Barrientos ha explicado en otros libros algunos de los más importantes problemas político-religiosos que implicaban a este tipo de enseñanza. La teología no era una facultad más; en Salamanca era la ciencia alrededor de la cual se alinearán las luchas entre ortodoxia y heterodoxia. En esta universidad, en la década de los años 60 del siglo XVI, dice Barrientos en otro estudio que se reproduce con crudeza la polémica en torno al valor de la Sagrada Escritura como fuente de argumentación teológica en general, y sobre el valor de la Vulgata en particular. Esta polémica salió a flote, principalmente, en las «juntas de teólogos» constituidas para la corrección de la Biblia de Vatablo, poniéndose de manifiesto que en la Facultad de Teología existían dos tendencias. La primera, la de los tomistas y la Segunda Escolástica que enronizaba el valor de la escolástica, mientras que la segunda, la de los hebraístas, lo relativizaba Barrientos en 2011. El Consejo de la Inquisición promovió la reunión de juntas de teólogos precisamente en Salamanca con tres objetivos. El primero, la corrección de los comentarios bíblicos de Juan Ferro, editados por el franciscano Miguel de Medina, y su evaluación se llevó a cabo entre 1567 y 1569. El segundo, la corrección de la Biblia de Francisco Vatablo que deseaba publicar en Salamanca el editor Portonaris —debate desarrollado entre febrero de 1569 y marzo de 1571—. Y el tercero, la confección de un nuevo índice de libros prohibidos, solicitado en septiembre de 1571 por el antiguo estudiante y profesor salmantino don Diego de Espinosa, a la sazón cardenal y presidente del Consejo de la Inquisición; trabajo que culminaría, con ayuda de teólogos salmantinos y no salmantinos, en la publicación del índice de libros prohibidos de Quiroga, de 1583.

Estas juntas y los ácidos enfrentamientos y amenazas verbales derivados de ellas entre León de Castro (escolástico) y fray Luis de León (hebraísta) terminaron en denuncias

y procesos inquisitoriales contra los hebraístas salmantinos. Ambos grupos de profesores discrepaban en la forma en la que se debía interpretar la Biblia. El sector de los escolásticos, al que pertenecían Francisco Sancho, León de Castro, Juan Gallo, Bartolomé de Medina, Domingo Báñez y otros dominicos del convento de San Esteban de Salamanca con gran prestigio en la teología, se consolidó en el poder en la universidad a raíz de los estatutos universitarios de Covarrubias en 1561 de los que he hablado al principio, que ratificaban un escolasticismo rutinario, estático y especulativo, y que apoyaban rígidamente la versión bíblica de la Vulgata. En el polo opuesto, el de los hebraístas, se situaban Luis de León, Gaspar Grajal, Martín Martínez de Cantalapiedra y otros intelectuales no adscritos laboralmente a la Universidad de Salamanca, como Pedro Chacón. Defendían estos el progreso y la aplicación de métodos de interpretación de las Escrituras relacionados con los avances de la filología y la lingüística, y con el estudio del hebreo.

Desde los procesos inquisitoriales y los autos de fe de Sevilla y Valladolid entre 1558 y 1559, se había puesto la lupa en los intelectuales cuyo origen no era cristiano viejo, y parte de los antes denominados hebraístas salmantinos no lo eran. Estos fueron finalmente procesados por defender la primacía del texto hebreo sobre la traducción de la Vulgata de San Jerónimo; según San José Lera en 2009 y 2012, «por atreverse a leer al margen de la tradición». Los dominicos Bartolomé de Medina, Domingo Báñez y otros, con el apoyo de León de Castro, en la primavera-verano de 1571, prepararon la denuncia contra sus compañeros, los teólogos Gaspar de Grajal (catedrático sustituto de Biblia), Luis de León (catedrático de Durando) y Martín Martínez de Cantalapiedra (sustituto de la cátedra de hebreo); y también contra otros no teólogos, como el Brocense (catedrático de retórica) o Juan Escribano (profesor de griego). En 1572 entraron en las cárceles inquisitoriales de Valladolid Grajal, Martínez de Cantalapiedra y Luis de León.

El proceso de estos hebraístas fue un pleito universitario contra las novedades y las doctrinas peligrosas para la fe. Representaban dos formas distintas de entender la escolástica —dice Barrientos—: los modos de los hebraístas no encajaban en los moldes de los teólogos dominicos. En enero de 1582, se viviría el mal llamado segundo proceso inquisitorial contra fray Luis, en el marco de las controversias doctrinales entre jesuitas y dominicos sobre la disputa *De auxiliis*. Debían ser castigadas las ideas nuevas y contrarias a las doctrinas de san Agustín y santo Tomás. El Brocense vivió dos procesos (1584 y 1595). Incluso Arias Montano sufrió la denuncia del mismo León de Castro, por las innovaciones introducidas en la Biblia Regia que le encargó Felipe II: otro ejemplo más del proceso de agudización de la conciencia moral que se vivió en España en la segunda mitad del siglo XVI.

El origen del problema venía en parte de antes. Los intelectuales de la universidad de Salamanca ejercieron asesoría activa en el proceso de implantación de la censura bibliográfica. No es casualidad el que el antiguo colegial de San Bartolomé de Salamanca, Juan Martínez Silíceo, fuera uno de los más importantes impulsores de la imposición de los estatutos de limpieza de sangre en la Catedral de Toledo. Su compañero de colegio y profesor de la salmantina, Fernando de Valdés, desde su cargo de Inquisidor General fue el promotor de los índices de libros prohibidos de 1551 y 1559; y

Gaspar de Quiroga promovió los de 1583 y 1584. Pensemos en la enorme influencia de estos índices: según Vega y Fosalba, los índices de libros prohibidos publicados en la segunda mitad del siglo XVI incluyeron a dos mil autores y mil obras anónimas. Eran *tiempos recios*.

La relación de teología y política no se agotó en estos cruciales hechos. Más papistas que el papa, los teólogos salmantinos, en 17 de abril de 1618, después de informar en favor de la inmaculada concepción de la Virgen, acordaron hacer un estatuto para que todos los que se graduasen en la universidad jurasen enseñar, defender y predicar que María fue preservada de toda mancha original, encargando su redacción a los teólogos fray Agustín Antolínez, catedrático de Prima de Teología, y fray Pedro de Herrero, de la Orden de Predicadores, junto con Antonio Pichardo, catedrático de Prima de Leyes. El claustro celebrado el 2 de mayo siguiente acordó por unanimidad pedir al rey la confirmación de este estatuto, que le fue concedido a la Universidad de Salamanca en 1618. Fray Alonso Pérez se apresuró a publicar los Sermones en alabanza de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. La importancia de esta concepción inmaculada de la Virgen era una creencia que separaba drásticamente a católicos de protestantes.

He recordado solo algunos aspectos en los que la teología universitaria salmantina estuvo ligada a la política estatal. La teología era una de las claves de las ciencias y de la vida misma. Este recordatorio ayudará a poner en su justo valor el estudio presentado ahora por Barrientos; un trabajo arduo, árido y paciente, como lo califica el propio autor (p.

13), que no solo le ha llevado los siete años que dice duró el vaciado de la serie de libros de visitas de cátedras, sino en el que vuelcan conocimientos y saberes de la trayectoria investigadora completa de este prolífico.

En conjunto cabe decir que Barrientos trabaja siempre agotando el contenido de las fuentes documentales en las que se basa. 1148 abigarradas páginas y más de 5.000 citas y notas a pie no se escriben sin un esfuerzo investigador colosal, que ahora se nos ofrece como apoyo y aclaración para investigaciones presentes y futuras. Es de lamentar que no haya sido editado por Ediciones Universidad de Salamanca como una parte más de la conmemoración del VIII Centenario de la Universidad de Salamanca, que, dado lo voluminoso del manuscrito, ofrecía solo una edición en línea. Ahora que tenemos delante el ejemplar en papel, perfectamente maquetado por la profesora Idoia Zorroza, soy de la opinión de que sería aconsejable también una edición en línea, que ayudaría a acercar cualquier parte de su contenido a quien lo buscara a través de Internet, desde cualquier parte del mundo.

Estamos, pues, ante una obra de consulta, más que libro de lectura corrida; un trabajo en modo mayor, que, tratando teóricamente solo de las visitas de la Facultad de Teología de Salamanca, resulta imprescindible para el conocimiento de cualquier otro tema dentro de la historia de la Universidad de Salamanca de aquel lugar y tiempo, y para aclarar otros temas de la política estatal española.

Ana María Carabias Torres
Universidad de Salamanca

Gómez Navarro, M.^ª Soledad: *Iglesia parroquial y medio rural en el Antiguo Régimen: Nuestra Señora de la Asunción de Palma del Río (Córdoba). Según el catastro de Ensenada y otras fuentes geohistóricas*, Polifemo, Madrid, 2020, 542 págs. ISBN: 978-84-16335-71-8

La presente obra de la Profesora Gómez Navarro viene a llenar un vacío que a lo largo de los estudios de Historia de la Iglesia ha sido puesto de manifiesto por parte de diversos modernistas, a la cabeza el añorado Domínguez Ortiz, como es el escaso conocimiento de la Iglesia parroquial, como la propia autora señala en las primeras líneas de la presente obra. Bien es verdad que se ha ido avanzando en esta línea, pero aún queda mucho por escribir e investigar al respecto.

La presente monografía solo se podía vertebrar de la manera que lo ha hecho la autora, por el profundo conocimiento de la Iglesia parroquial moderna, como muy bien señala Gómez Navarro «Institución de instituciones», y por la ingente tipología de fuentes que la autora domina con la maestría que nos tiene acostumbrados en sus rigurosos estudios. Gómez Navarro es una estudiosa de la religiosidad en todos sus ámbitos de la España moderna, además de una experta en fuentes notariales donde sus exhaustivos estudios son clara muestra de ello. En la presente obra la información e interpretación del catastro de Ensenada para el estudio de Nuestra Señora de la Asunción de Palma Río ha sido vital y me atrevería a decir pionero en el ámbito rural para utilizar de manera tan pormenorizada una fuente con unos caracteres tan marcados de complejidad, diversidad y

diferencialidad, por lo que se puede deducir que no es tarea fácil el manejo de esta rica tipología documental.

La concepción que tiene la autora de la Iglesia moderna en España, y más concretamente de la Iglesia parroquial como una institución social y de poder, hace de eje vertebrador de la presente obra. En primer lugar, Gómez Navarro bajo la denominación de «Cuestiones previas. Fuentes y Metodología» introduce al lector en el rico mundo de los fondos documentales históricos, explicando con claridad y acierto la complejidad de las fuentes que ha utilizado en su presente estudio. En esas líneas ya podemos vislumbrar la dificultad del trabajo que la autora acometió para poder manejar acertadamente la ingente información de la documentación. Dificultad que aprecia el lector, porque para la autora no parece compleja, ya que se mueve en el mundo de los archivos con la pericia propia de un estudioso y experto. Seguidamente se plantea un pormenorizado estudio de la cuestión, donde la autora presenta un recorrido historiográfico minucioso y concienzudo.

En el primer capítulo denominado «Territorio de la Iglesia parroquial palmeña de Nuestra Señora de la Asunción» se explica la parroquia como institución social y de poder, es decir, cuál es el espacio que ocupa y cuáles son los límites al mismo. Con su habitual generosidad académica, la autora explica la evolución del mundo parroquial retrotrayéndose hasta el siglo VI, para hacer un recorrido y ver la evolución de la parroquia en general desde época medieval hasta la modernidad, y de Palma del Río en particular. La parroquia, como señala Gómez Navarro, fue la unidad territorial ele-

mental de la administración tanto civil como eclesiástica. En el medio rural la existencia de una sola parroquia hacía que ésta se convirtiera por ende en un vertebrador y cohesionador social, como el caso de la iglesia palmeña. La parroquia se nos muestra de manera pormenorizada en este capítulo, a saber: se nos presentan las setenta y dos instituciones que alberga en su interior y los treinta clérigos adscritos a la parroquia, a quien la autora pone rostro, al aportarnos sus nombres. Entidades e individuos, tanto en personas jurídicas como físicas, que Gómez Navarro no pasa por alto.

El segundo capítulo «Organización de la Iglesia parroquial palmeña de Nuestra Señora de la Asunción» presenta la organización administrativa, es decir, los cargos con sus denominaciones y sus funciones. Lo normal, como refiere la autora, era encomendar una parroquia a una persona física, como lo fue la iglesia de Palma del Río, pero podía haber otras fórmulas como pone de manifiesto, cuando alude al caso de Córdoba. En el presente capítulo se nos introduce en el camino que ha de seguir el individuo hasta formar parte del clero secular. Un largo *cursus honorum*, con una formación y denominación determinadas, que Gómez Navarro nos muestra dentro de la iglesia en general, y cómo no, en la iglesia palmeña en particular.

En el capítulo tercero bajo la denominación «Los servidores de la Iglesia parroquial palmeña de Nuestra Señora de la Asunción» se nos desvela la dimensión social y sociológica de los miembros que componen de la parroquia palmeña, es decir, lo que se ha dado en llamar «clericalización». Personas jurídicas y físicas se vuelven a entrelazar en la iglesia palmeña ahora a causa del beneficio, entendido, como manifiesta Gómez Navarro, como la institución jurídica por la que el clérigo se obliga a desempeñar el ministerio eclesiástico haciéndose por ello acreedor a participar de los estipendios de la Iglesia. Nuevamente en un ejercicio de generosidad, en busca de una mejor comprensión, la autora nos presenta la evolución histórica que tuvo el beneficio desde que se generalizó en el siglo XI hasta época moderna. En la segunda parte del presente capítulo se perfila al clérigo palmeño. Desde los pasos que debían seguir para su ordenación hasta su procedencia familiar, aspecto este fundamentado en datos tanto cualitativos como cuantitativos. Gracias a este estudio prosopográfico la autora puede aportar las características específicas que definían, con una gran precisión, a los miembros de la iglesia palmeña.

En el capítulo cuarto «Los recursos de la Iglesia parroquial palmeña de Nuestra Señora de la Asunción» Gómez Navarro hace hincapié tanto en los bienes espirituales o «espiritualización de bienes» como los denomina la autora, propio de las personas jurídicas, como en los bienes temporales de los clérigos como sujetos. No obstante, tanto en unos como en otros, los ramos que constituyen el patrimonio son los mismos (inmobiliario, rústico y urbano, ganade-

ría y mobiliario). Por tanto, a lo largo del capítulo podemos saber la contribución tanto de las personas físicas como jurídicas a la iglesia palmeña, datos no solo cualitativos sino también cuantitativos como se puede comprobar en el ingente número de tablas que completan el presente capítulo.

Por último, el capítulo quinto «Los servicios de la Iglesia parroquial palmeña de nuestra Señora de la Asunción» responde al marcado carácter multifuncional (asistencial, cultural, político, social, espiritual) de la parroquia y el párroco en el Antiguo Régimen, y por ende y singularmente, en el mundo rural. Esta multifuncionalidad las engloba Gómez Navarro en lo que ha denominado «las que miran al más allá», es decir, trascendencia, alma, cielo y «las que miran al suelo» entendidas éstas, como situaciones prosaicas o materiales, tanto desde el punto de vista social como político. En este punto la figura de la autoridad, don Joaquín Portocarrero, ese «vecino ausente-presente» como lo denomina la autora, se reduce al estar en Roma, por lo que situación en la iglesia palmeña en este aspecto es muy particular. A partir de estas dos acepciones —terrenal y espiritual—, la autora nos presenta todas aquellas actividades realizadas en la iglesia palmeña en uno y otro ámbito, pero sin olvidar, que los límites de ambas, es decir, entre lo privado y lo público, lo religioso y profano, se confunden en la cosmovisión propia de los individuos del Antiguo Régimen.

Como conclusiones Gómez Navarro nos señala la importancia de la iglesia palmeña, que, a pesar de sus peculiaridades, puede inscribirse dentro de los comportamientos tipo de cualquier parroquia en el Antiguo Régimen. La presente obra, no obstante, va más allá, y entendiendo el universo parroquial, desde los ámbitos que la autora desarrolla: cristianización, clericalización, espiritualización-patrimonialización de bienes y funcionalidad, podemos entender y acercarnos al mundo rural parroquial en época Moderna. No podemos obviar que para conseguirlo Gómez Navarro ha realizado una importantísima consulta de diversas fuentes, aunque bien es cierto, que la fuente ensenadista ha sido la prioritaria. Prioridad que entendemos perfectamente dado el magnífico resultado en la investigación llevada a cabo por la autora. Gracias a este estudio y al pormenorizado uso del catastro, podemos decir que se puede llenar el vacío que encontramos en el estudio de la iglesia rural, y, por ende, extrapolarlo al ámbito urbano y global.

Creo que es motivo de congratulación la publicación de la presente obra, no solo para los estudiosos de la Iglesia en la España Moderna, sino también para el lector curioso, puesto que como es costumbre en la Profesora Gómez Navarro, sus obras son didácticas, amenas y sobre todo muy rigurosas, tanto en la temática como en el uso exhaustivo de fuentes.

Karen M.^a Vilacoba Ramos
UNED

Hernández Martínez, José M.^a: *Claret y el protestantismo de su tiempo. La Utopía de un encuentro imposible*, Editorial Claret, Barcelona, 2018, 289 págs. ISBN: 978-84-85653-79-9

Claret y el protestantismo de su tiempo. La utopía de un encuentro imposible es una lectura obligada para todo aquel que desee adentrarse en la tortuosa historia de mediados del

siglo XIX, y más concretamente en el plano político-religioso y de 'intolerancia' protagonizado por católicos y protestantes; encarnándose este desencuentro en dos personajes emblemáticos en el marco de la España decimonónica, Antonio María Claret y Manuel Matamoros, respectivamente.

La presente monografía aborda una época en el que las transformaciones en el plano social, económico, cultu-

ral, pero también político y de relaciones Iglesia-Estado es una constante. A lo largo de este camino tortuoso hacia la modernidad, se alzan voces en contra de cualquier atisbo de cambio, progreso, comunión y entendimiento entre posturas evolucionistas, de concordia entre ideologías, o de fe, resultando esta predisposición un acto amenazante ante el difícil equilibrio de bases conservadoras originadas en el Antiguo Régimen; y lejos de tender puentes hacia el entendimiento, la libertad y, en definitiva, la modernidad y el progreso, el hombre ha dirigido sus fuerzas hacia la construcción de muros en el que los prejuicios y la ignorancia junto al miedo a lo desconocido ha pesado más que el diálogo y el acercamiento, tratándose de encontrar puntos comunes y desde ahí crear nuevos discursos de concordia. Resulta especialmente enriquecedor ver cómo los patrones, que el autor de forma ejemplar va mostrando al lector a lo largo de sus páginas, en muchos momentos nos llevan a replantearnos su semejanza y aplicabilidad a realidades que en nuestro tiempo presente acontecen.

El libro está estructurado en tres grandes capítulos. El primero de ellos, *El protestantismo en la trayectoria histórica de Claret*, tiene como principal objetivo contextualizar a su lector en el periodo de estudio, con especial incidencia en la Reforma Protestante y la Contrarreforma católica, abordándose con detalle la biografía y obra de Claret desde su tierna infancia, pasando por su juventud como obrero textil, pero sobre todo ahondando en su espíritu apostólico, su vocación de predicador y misionero, su total entrega a la evangelización como arzobispo en Santiago de Cuba, su labor renovadora de la Iglesia y de la moral haciendo uso de la influencia que ejercía en su cargo de Confesor Real de la reina Isabel II, y su continuidad en la labor pastoral desde Francia, acompañando a la reina en la primera etapa de su exilio, y finalmente en Roma, donde participaría activamente en las sesiones del Concilio Vaticano I, y Prades, donde terminaría sus días en el monasterio cisterciense de Fontfroide, corazón de las Corbières. A lo largo de ese recorrido biográfico, el autor nos mantiene al corriente de los encuentros y sobre todo desencuentros que el santo mantuvo con el Protestantismo de su tiempo, a raíz de la proliferación de la propaganda protestante en el territorio español.

El segundo capítulo, *El pensamiento de Claret sobre el protestantismo*, es sin duda el corazón latiente de esta monografía. Su autor recoge con gran acierto no solo el pensa-

miento que Claret tenía sobre el protestantismo sino también la fuente de donde emanaban sus ideas y disertaciones, es decir, sus lecturas; y al mismo tiempo nos pone en contexto, dado que las circunstancias del momento marcarían el carácter y obra de nuestro personaje; y aunque el político británico Benjamin Disraeli afirme que «El hombre no es hijo de las circunstancias. Las circunstancias son hijas del hombre», ciertamente existe una retroalimentación mutua entre estas dos realidades donde el hilo que las separa resulta casi imperceptible; así pues José María Hernández Martínez abre este capítulo con una introducción a la situación socio-religiosa del momento, donde nos muestra a una España desgarrada y sangrante por las continuas y sucesivas guerras, revoluciones y contrarrevoluciones, pronunciamientos y caídas, desamortizaciones, y el constante enfrentamiento de una España dividida entre absolutistas y liberales, que tan acertadamente apunta y desarrolla en sus páginas.

Y finalmente en el tercer capítulo, *Valoración y perspectiva*, el autor de forma analítica y crítica concluye con una aportación muy necesaria para la obra, donde nos permite comprender desde dentro el pensamiento que el santo tenía del protestantismo, centrándose, como apunta el propio autor «...en los motivos de desencuentro, tal como podemos comprenderlos y apreciarlos desde nuestro contexto actual...» (p. 209); sin duda, todo un ejercicio de honestidad y valentía que el autor brinda al lector, donde no solo hace gala de su profundo conocimiento de Antonio María Claret, como hombre, teólogo, sacerdote y misionero, sino además de las bases del Protestantismo; lo que le permite desmontar, aclarar y justificar los *prejuicios, equívocos y estereotipos* (p. 225) detectados en su época, pero con la distancia y la claridad que solo el tiempo y el conocimiento de las circunstancias nos hace realizar juicios justos.

El volumen cierra con una amplia, organizada y pormenorizada bibliografía, que sin duda completará al lector su conocimiento sobre la temática, así como una relación de siglas y abreviaturas que agiliza y facilita su lectura.

Es, por tanto, esta monografía lectura obligada para todo aquel que desee conocer la figura acreditada de Antonio María Claret y la proyección del Protestantismo en territorio español y su contexto.

María José Vilar
Universidad de Murcia

Blasco Herranz, Inmaculada (ed.): *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la Historia*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2018, 276 págs. ISBN: 978-84-17203-21-4

En los últimos años, la historia de género se está mostrando como uno de los terrenos más fértiles para la historia religiosa. Así, por ejemplo, la obra de Sabah Mahmood sobre los movimientos de piedad femenina en el Islam nos han permitido repensar la idea de agencia liberal e, incluso, la propia tesis de la secularización. Dentro de esta línea de renovación, la obra de Inmaculada Blasco, editora del volumen que aquí se reseña, se presenta como uno de los ejemplos más evidentes de este feraz diálogo entre los estudios

de género y catolicismo. La profesora Blasco ha sido una de las introductoras del debate sobre la feminización del catolicismo en la historiografía española y, ahora, hace lo propio con el debate sobre la masculinización del catolicismo.

Es cierto que el estudio de las masculinidades lleva un tiempo en la agenda de la comunidad historiográfica española y que, de nuevo, el catolicismo ha sido uno de los primeros laboratorios para su estudio. Sin embargo, de nuevo, la obra coordinada por Inmaculada Blasco reflexiona sobre los límites y las posibilidades de este debate y lo hace sin olvidar la necesidad de poner en diálogo feminidades y masculinidades católicas.

El libro se compone de diez capítulos más una introducción y está estructurado en dos grandes bloques: «Femini-

dades y masculinidades en el catolicismo español» y «Mujeres católicas: imaginarios, identidades y acción». El primer bloque se abre con el capítulo de Raúl Mínguez dedicado a las visiones de la feminidad desde el catolicismo y el liberalismo, observando las diferencias, puntos de encuentro y conexiones entre el ideal de madre católica y el del ángel del hogar. A continuación, Maitane Ostolaza ofrece un rico balance historiográfico, tanto nacional como internacional, sobre educación, religión y género, para subrayar la pervivencia de estereotipos anticlericales en la historiografía española sobre la educación.

Desde una perspectiva transnacional, Maricruz Romeo analiza los discursos de masculinidad en la España isabelina, tratando de explicar la relativa ausencia hasta finales del siglo XIX de textos dedicados específicamente a esta materia en el marco del catolicismo español. Pilar Salomón se concentra precisamente en el período posterior, el cambio de siglo, observando la profusión de discursos sobre masculinidades católicas analiza el desarrollo de discursos masculinidades. A partir de los opúsculos del Apostolado de la prensa, identifica dos modelos, el soldado de Cristo y el padre de familia, que se impulsaron el objetivo de regenerar a la nación y hacer frente a la secularización.

El capítulo de Inmaculada Blasco se nos presenta como un texto de referencia para analizar los beneficios, límites y problemas que plantea la tesis de la masculinización del catolicismo. Advierte contra los peligros de esencializar y asumir los ideales de género del pasado. Asimismo, apuesta por moderar la tesis del dimorfismo sexual (hombres irreligiosos/mujeres pías), ya que hubo muchos espacios de participación masculina, más relacionados con la actividad propagandística y política. Por su parte, Mónica Moreno propone entender las masculinidades de forma plural y en constante evolución. Para ello, se centra en el tránsito entre el proyecto de remasculinización de la Acción católica en el primer Franquismo a las nuevas formas de masculinidades católicas emergidas del Concilio Vaticano II.

El segundo bloque, dedicado «Mujeres católicas: imaginarios, identidades y acción», se abre con un análisis de Margarita Pintos sobre la original teología feminista de Concepción Gimeno, que revisita a Cristo y la Biblia para defender la igualdad entre género. Rosa Ana Gutiérrez ofrece una panorámica de los espacios de participación social y política de las mujeres católicas en el primer tercio de siglo XX, con especial atención a la Asociación de Damas de la Buena Prensa, Acción social y las asociaciones de naturaleza más política.

Teresa María Ortega analiza el discurso sobre la mujer rural en el discurso de las derechas española del primer tercio de siglo XX como custodias de la tradición católica y los valores nacionales frente a la mujer urbana, corrompida y estéril. Por último, el texto de Eider de Dios nos acerca a través de las historias de vida a la experiencia de las mujeres en la JOC en el tardofranquismo y la transición, analizando cómo su búsqueda por ser «algo más» ante las injusticias sociales y salariales llevaría a alguna de ellas a desarrollar una conciencia feminista.

A lo largo del libro se señala acertadamente que la masculinización se debe entender como una respuesta a los desafíos planteados por la secularización más que a la feminización del catolicismo. Además, también se señala que la masculinización no responde a una ausencia de hombres dentro de las labores de la Iglesia y que, desde un principio, encontraron espacios diferenciados de participación en las labores públicas de defensa del catolicismo. Es por ello que sorprende la ausencia de un capítulo en el que se aborde específicamente la labor de los hombres como publicistas y, sobre todo, como políticos para hacer frente a la secularización. En este sentido, también se echa de menos una reflexión más profunda sobre los modelos de masculinidades católicas anteriores al siglo XIX y cómo estos fueron reformulados.

Por último, en su capítulo, Inmaculada Blasco critica acertadamente la visión instrumental de la masculinización, como algo impulsado desde arriba por el clero. Sin embargo, a lo largo del libro, las fuentes analizadas son más bien manuales, tratados y otros documentos elaborados por eclesiásticos y no memorias o historias de vida de los propios hombres católicos. En la línea de lo planteado por Eider de Dios en su capítulo, cabría pues un estudio en profundidad de la propia experiencia de los hombres católicos y cómo definieron su identidad y su papel dentro del catolicismo.

Este es un libro coral y bien editado, en el que los temas y perspectivas de los capítulos están perfectamente imbricados, cosa que no es siempre la norma en este tipo de libros colectivos. Como se desprende de este breve análisis de los temas abordados en el texto, el libro se nos presenta al mismo tiempo como punto de llegada de investigaciones, lo que revela la madurez de los estudios sobre género y catolicismo en España y, al mismo tiempo, como la apertura de nuevos y prometedores campos de estudio.

Francisco Javier Ramón Solans
Universidad de Zaragoza